



XXVII

COMO en el lugar entendía todo el mundo que cualquier decreto de doña Inés infaliblemente había de cumplirse, y como se divulgó que estaba decretado el casamiento de D. Paco y de doña Agustina, apenas quedó persona que no lo diese ya por cosa hecha.

No sé encarecer cuán fieramente solevantaba esto y enojaba á Juanita.

Todavía, sin embargo, disculpaba á D. Paco recordando que ella le había despedido y que él no tenía que guardarle fidelidad. Pensaba en que él observaba quizás un prudente disimulo parecido al que ella observaba; y de esta suerte, se avenía á perdonarle que no se rebelase contra doña Inés; que fuese tan obediente que de diario viniese á la tertulia; que no pocas noches, según Juanita averiguó, cumpliendo D. Paco con el mandato de su hija, acompañase á doña Agustina hasta su domicilio, para que no se fuese sola con la criada que venía en su busca; y que, tal

vez se mostrase cortés y galante con doña Agustina para que doña Inés no rabiara.

Con tal moderación discurría á veces Juanita; pero con más frecuencia, perdía la moderación y se ponía hecha un veneno.

Entonces calificaba á D. Paco de inconsecuente, de voluble y de interesado; procuraba aborrecerle ó despreciarle y se sentía predispuesta, tentada y ansiosa de tomar represalias.

D. Andrés Rubio, entretanto, seguía viniendo todas las noches en casa de doña Inés, y Juanita, con no aprendida coquetería, le echaba miradas extrañas, miradas de aquellas que parecen escritura misteriosa, donde la misma persona que ha escrito ignora ó tiene idea confusa de la revelación que hace y donde el que lee cree leer la revelación y concibe dulces esperanzas.

De las miradas se pasa á las palabras con suma facilidad, y D. Andrés, procurando hallar siempre sola á Juanita, se acercaba á ella, al ir á entrar en la tertulia, y le disparaba, á boca de jarro, como si fuera su boca la ametralladora del dios Cupido, un diluvio de flores y una descarga cerrada de piropos ardientes.

Ella, más cauta en el hablar que en el mirar, ya bajaba los ojos y se esquivaba sin responder, ya respondía con desvío, si bien templado y dulcificado por el respeto y por la afectuosa consideración que personaje de tantas campanillas no podía menos de inspirarle. Tampoco atinaba Juanita á disimular el contento consolador que tanta lisonja y tales halagos ponían en su pecho.

—Repórtese V. E.—decía,—y no se burlé de una pobrecita muchacha. ¿Cómo he de creer yo que guste V. E. de mi ordinariez, cuando V. E. está acostumbrado á tantas delicadezas y á tantas finuras? V. E. ha dado pruebas de tan buen gusto que... vamos, yo no quiero creer que tenga ahora estragado el paladar. Déjeme, señor, sosegada, y no trate de sacarme de mis casillas. ¡Jesús! bonita se pondría doña Inés si llegase á entender que V. E. andaba requebrándome, y que yo le oía faltando al decoro que se debe á esta casa tan respetable.

Y con estas palabras ó con otras por el estilo se apartaba Juanita de D. Andrés y se iba á otro extremo de la antesala.

Cuando D. Andrés la perseguía, Juanita se fugaba por los corredores.

D. Andrés cesaba en su persecución para evitar que le viesén.

Deplorando lo poco ó nada que adelantaba en la campaña en que se había empeñado y no queriendo ser otro Fabius Cunctator, apeló á más eficaz estrategia y se aperció para emboscadas y asaltos.

En vez de buscar á Juanita en la antesala, la aguardó en el zaguán, sin entrar en la casa hasta que saliese Juanita para irse á dormir á la suya.

Juanita no temía á nadie ni nadie se le atrevía, y se iba sola aunque las calles estuviesen oscuras. Su casa, además, no estaba lejos.

D. Andrés no quiso hacerse el encontradizo, confesó con franqueza que la estaba aguardando

y la acompañó varias noches seguidas, aunque ella siempre lo repugnaba.

Pasmosos fueron el arte que empleó Juanita y el ingenio y la energía de voluntad que supo desplegar para tener á raya á D. Andrés y conseguir, sin romper con él por completo, que no se viniese á las manos. El genio de ella, de ordinario alegre y burlón, y la facilidad que tenía para echarlo todo á broma, le valieron de mucho en aquellas circunstancias difíciles. Porque á la verdad, ella no quería que D. Andrés se extralimitase, pero no quería tampoco que se le fuese y era árduo problema y cuestión de milagroso equilibrio el mantenerse sin caer ni á un lado ni á otro, yendo sin balancín como por una maroma ó cuerda tirante.

A cada requiebro, á cada proposición que don Andrés le hacía, Juanita contestaba con un chiste ó con un tan incoherente disparate, que don Andrés, aunque mortificado y chafado, no podía tomarlo á mal y tenía que reirse.

Juanita, al verse acompañada por D. Andrés, apresuraba el paso, y en cuatro brincos se plantaba en la puerta de su casa. D. Andrés pugnaba entonces por entrar.

—¡Huy! ¡Huy!—exclamaba Juanita.—¿Está dejado V. E. de la mano de Dios? Pues sería curioso que entrase á jugar al tute con mi mamá, que aún está despierta, y se privase de jugar con doña Inés, que le espera con ansia. ¿Cómo puede querer V. E. en lugar de hacer con doña Inés una partida de tresillo, hacerle conmigo una par-

tida serrana? ¡Válgame Santo Domingo nuestro patrono! Yo no me lo perdonaría.

—Por Dios no seas retrechera; déjame entrar, déjame entrar, encanto de mis ojos.

—¡Cielo santo y qué cosas dice V. E.! ¡Qué lenguaje emplea! Ese debe ser *el mal lenguaje del demonio*, del que tanto habla el venerable padre maestro fray Juan de Avila, en un libro que me hace leer mi señora doña Inés para prepararme á ser monja.

—¿Y tú quieres serlo?

—Allá lo veremos. A menudo se me antoja que la vocación me acude, sobre todo al ver los peligros que rodean á una infeliz criatura, desvalida y tonta como yo. Pero en fin, aunque tonta, yo no quiero ser ingrata con doña Inés, que me guía por el mejor camino y que me va á pagar el dote para entrar en el claustro.

—¿Y qué ingratitud sería la tuya? ¿En qué ofenderías á doña Inés si me quisieses?

—Le parece á V. E. que sería la ofensa chica si yo desconcertase su plan de hacer de mí una santa y si me trasformase... Vamos, váyase V. E. á la tertulia de doña Inés y no sea pesado.

Juanita repiqueteaba entonces estrepitosamente el aldabón de su puerta, y no bien la entrebrió ó su madre ó la criada, se colaba ella, cerraba de golpe y casi daba á D. Andrés con la puerta en los hocicos.

Con estos lances, tratos y conversaciones, don Andrés se emberrenchinaba más cada día y su circunspección iba desapareciendo.

Fuerza es confesar, aunque no redunde en alabanza de Juanita, que ésta no desengañaba ni zapeaba á D. Andrés por completo y que se deleitaba en retenerle y en provocarle con sus retrecheras.

Es cierto que, reconociendo Juanita que era peligroso dejarse acompañar por D. Andrés todas las noches, espío con maña el momento en que D. Andrés no la aguardaba en el zaguán, y en lo sucesivo logró escaparse siempre á su casa sin ser por D. Andrés acompañada.

Cuando pasaron muchas noches escapándose siempre ella, apesadumbrado D. Andrés, exaltado y como fuera de sí, le dió las más sentidas quejas, hallándola sola en la antesala. La vehemencia de los sentimientos del cacique se revelaban en su precipitado discurso, en su gesto, en su ademán y en su acento conmovido. Sin reparar en nada levantó la voz.

—¡Por las ánimas benditas!—dijo la moza;—témplese V. E. y mire por sí, ya que no mire por mí, y no promueva aquí un alboroto ridículo y se convierta en la fábula del lugar y sea la comidilla de todos los maldicientes.

—Nada me importan los maldicientes si tú me bendices como yo te bendigo. Bendita seas mil y mil veces y bendita sea la madre que te parió.

Y diciendo esto, sin atender á más razones, se echó como loco sobre ella, y tan de repente, que ella no pudo sustraerse á sus abrazos y á sus besos. Cinco ó seis, que en el número no están de acuerdo los historiadores, le plantó en las fres-

cas mejillas, que se pusieron rojas como la grana.

Y no contento, le buscó la boca para besársela y se la halló y se la besó.

No estuvieron sus labios junto á los de ella el tiempo que los de D. Tristán de Leonís y la reina Iseo, de los que dice el antiguo romance:

«Tanto estuvieron unidos
Cuanto una misa rezada.»

Al contrario, no bien se recobró Juanita de susto y de la sorpresa, puso una cara tan feroz que daba miedo, á pesar de ser tan hermosa, y agarrando con ambas manos por los hombros á D. Andrés, le sacudió lejos de sí con tal fuerza, que vaciló como ébrio, y faltó poco para que cayese por tierra. Poco antes había entrado don Paco en la antesala, de suerte que si vió el empujón, vió también los besos que le habían motivado.

¿Qué había de hacer D. Paco? Hizo como si nada hubiera visto. Y él y D. Andrés entraron en la tertulia según costumbre.



XXVIII

EL día siguiente ocurrió en Villalegre un caso que sorprendió y dió mucho que hablar.

Ni por el Ayuntamiento, ni por casa del alcalde, ni por la escribanía, ni por parte alguna pareció D. Paco, que de diario acudía á todas para desempeñar sus varias funciones. Fueron á casa de él y tampoco le hallaron allí. El alguacil y su mujer, que le servían y cuidaban, no sabían cómo ni cuándo se había ido y no daban razón de su paradero.

Pasó todo el día sin que D. Paco volviese y sin que se averiguase dónde estaba y creció el asombro.

Nadie acertaba á explicar la causa de aquella desaparición.

Mucho tiempo hacía que por aquella comarca, merced al bienestar y prosperidad que reinaban y á la benemérita Guardia civil, no se hablaba de bandidos y secuestradores.

¿Dónde, pues, estaba metido D. Paco?

La gente se lo preguntaba y no se daba contestación satisfactoria.

Los amigos, y singularmente D. Andrés Rubio, se mostraban inquietos. Sólo no se alteraba doña Inés. Su carácter estoico y su resignada y cristiana conformidad con la voluntad del Altísimo conservaban casi siempre inalterable la tranquilidad de su alma. Doña Inés, además, no veía nada alarmante en el suceso, y á ella misma y á sus amigos D. Andrés y el padre Anselmo se le explicaba del modo más natural. Suponía y decía con sigilo que su señor padre, aunque estaba sano y bueno y tenía más facha de mozo que de anciano, había empezado á envejecer, claudicar y flaquear por el meollo; culpa quizás de lo mucho que con él trabajaba y estudiaba. Ello era que, según doña Inés, su padre, desde hacía tiempo, daba frecuentes aunque ligeros indicios de extravagancia, y de chochez, prematura. Tal era la causa que hallaba doña Inés para la desaparición de D. Paco. Y afirmando que, sin más razón que su capricho, se había ido paseando y tal vez vagaba por los desiertos y cercanos cerros, pronosticaba que cuando se cansase de vagar volvería á la población como si tal cosa.

Ni en toda aquella noche, ni durante el día inmediato se cumplió, sin embargo, el pronóstico de doña Inés.

Cuando volvió Juanita á su casa entre nueve y diez de la noche, D. Paco aún no había aparecido.

Juanita, que no era estoica ni tan buena cristiana como doña Inés, estaba angustiadísimá y llena de inquietud y de zozobra, por más que hasta entonces lo había disimulado.

Cuando se vió á solas con su madre, no pudo contenerse más y le abrió el corazón buscando consuelo.

—D. Paco no ha parecido—le dijo.—Mi corazón presente mil desventuras.

—No te atormentes—contestó la madre.—D. Paco parecerá. ¿Qué puede haberle sucedido?

—¿Qué sé yo? Nada te he dicho, mamá: hasta hoy me lo he callado todo. Ahora necesito desahogarme y voy á confesártelo. Soy una mujer miserable, indigna, necia. Pude tenerle por mío y le desdeñé. Ya que le pierdo, y quizás para siempre, conozco cuánto vale, y le amo: perdídamente le amo. Y para que veas mi indignidad y mi vileza, amándole le he faltado: he atravesado su corazón con el puñal venenoso de los celos. Yo tengo la culpa y D. Andrés está disculpado. Yo le atraje, yo le provoqué, yo le trastorné el juicio, y si me faltó al respeto, hizo lo que yo merecía.

—Niña, no comprendo bien lo que dices. O es que no estoy en autos ó es que tú disparatas.

—No disparato ahora, pero he disparato antes. Repito que he provocado á D. Andrés para vengarme de doña Inés y para dar picón á D. Paco. Yo estaba celosa. Temí que él se rindiese á doña Agustina. No comprendí cuánto me quería él. Ahora lo comprendo. Y ve tú ahí lo

que son las mujeres: me halaga, me lisonjea creer que me ama tanto, y esta creencia es al mismo tiempo causa de mi pena y del remordimiento que me destroza el alma. Nada sé de fijo; pero en mi cabeza me lo imagino todo. Sin duda él me espía, y en la oscuridad de las calles me vió y me reconoció, ó me oyó charlar y reír con D. Andrés, que me acompañó varias noches. Y él, lleno ya de sospechas y apesadumbrado de creerme liviana, siguió espíandome, y anteanoche, en la misma antesala de doña Inés, me sorprendió cuando D. Andrés me abrazaba y me cubría de besos la cara y hasta la boca. Yo le rechacé con furia; pero D. Paco pudo suponer y de seguro supuso que mi furia era fingida porque él había entrado y porque yo le había visto y trataba de aparentar inocencia. ¿Sabes tú lo que yo temo? Pues temo que D. Paco, juzgando una pérdida á la mujer que era objeto de su adoración, se ha ido desesperado, sabe Dios dónde.

—De todo eso tiene la culpa—interpuso Juana,—esa perra de doña Inés; esa degollante que no pagaría sino quemada viva ó frita en aceite.

—Te aseguro, mamá, que no sé cómo la aguantó aún; pero si esto no para en bien y ocurre algún estropicio, quien la va á quemar y á freír soy yo con estas manos. No; no soy manca todavía. La desollaré, la mataré, la descuartizaré. No creas tú que va á quedarse riendo.

Juana, al ver tan exaltada á su hija, temió la posibilidad de un delito, y exclamó como persona precavida y juiciosa:

—Prudencia, niña, prudencia; no te aconsejaré yo que la perdones. Bueno es ganar el cielo, pero gánale por otro medio y no con el perdón de quien te injuria. Dios es tan misericordioso que nos abre mil caminos para llegar á él. Toma, pues, otro, y no sigas el de la mansedumbre. Conviene hacerse respetar y temer. Conviene que sepan quién eres. Lo que yo te aconsejo es que tengas mucho cuidado con lo que haces, porque si tú castigaras á doña Inés sin precaución, la justicia te empapelaría, como un ochavo de especias, y hasta te podría meter en la cárcel ó enviarte á presidio.

—No pretendas asustarme. Si ocurre una desgracia, yo no me paro en pelillos: la pincho como á una rata, la araña y le retuerzo el pescuezo. Lo haría yo en un arrebató de locura y no sería responsable.

—No lo serías—replicó Juana;—pero te tendrían por loca y te encerrarían en el *manoscómio*, *monomómio* ó como se llame, y yo me moriría de pena de verte allí.

—¿Pues qué he de hacer, mamá, para castigar bien á doña Inés sin que tú te mueras de pena?

—Lo que debes hacer, ya que tienes con ella tanta satisfacción y trato íntimo, es cogerla sin testigos y entre cuatro paredes; darle allí tus quejas, leerle la sentencia y ejecutarla en seguida.

—¿Y qué quieres que ejecute?

—Acuérdate de tu destreza de cuando niña, de cuando con la cólera hervía ya en tus venas la sangre belicosa de tu heróico padre; agarra á

doña Inés, descorre el telón y ármale tal solfeo en el *nobilísimo traspontin*, que se le pongas como un nobilísimo tomate. Ya verás cómo lo sufre, se calla y no acude á los tribunales. Una señora de tantos dengues y de tantos pelendengues no ha de tener la sinvergüencería de enseñar el cuerpo del delito al jurado ni á los oidores.

Al oír los sabios consejos de su mamá, Juanita mitigó su cólera, y á pesar del dolor que tenía no pudo menos de reirse, figurándose á doña Inés con toda su majestad y entono, azotada é inulta. Luego dijo:

—Aun sin propasarme hasta el extremo de la azotaina, y aun sin cometer ningún crimen, he de castigarla, valiéndome de la lengua, que ha de lanzar contra ella palabras que le abrasen el pecho. Ha de lanzar mi lengua más rayos de fuego que la uña del boticario. Cada una de las palabras que yo le diga ha de ser como uña ponzoñosa de alacrán que le desgarre y envenene las entrañas.

La iracunda exaltación de Juanita no podía sostenerse y se trocó pronto en abatimiento y desconsuelo.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó.—¡Ay, María Santísima de mi alma! ¿Qué va á ser de mi si hace él alguna tontería muy gorda: se tira por un tajo ó se mete fraile? Entonces sí que tendré yo que meterme monja. Pero yo no quiero meterme monja. Yo no quiero cortarme el pelo y regalársele á doña Inés. Un esportón de basura será lo que yo le regale

Y diciendo esto, rompió Juanita en el más desesperado llanto. Abundantes lágrimas brotaban de sus ojos y corrían por su hermosa cara; parecía que iban á ahogarla los sollozos, y se echó por el suelo cubriéndose el rostro con ambas manos y exhalando profundos gemidos.

La madre, que estaba acostumbrada á los furros de Juanita, no había tenido muy dolorosa inquietud al verla furiosa; pero como Juanita era muy dura para llorar, y como su madre no la había visto verter una sola lágrima desde que ella tomaba, cuando niña, alguna que otra perreña, su llanto de entonces conmovió y afligió sobremanera á Juana.

—No llores—le dijo.—Dios hará que parezca D. Paco, y ni él será fraile ni tú serás monja, como no entréis en el mismo convento y celda.

En suma, Juana, llorando ella también á pesar suyo, hizo prodigiosos esfuerzos para calmar á su hija, levantarla del suelo y llevarla á que se acostase en su cama. Al fin lo consiguió, la besó con mucho cariño en la frente, y dejándola bien arropada y acurrucada, se salió de la alcoba diciendo: Amanecerá Dios y medraremos.





XXIX

No quiero tener por más tiempo suspenso y sobresaltado al lector y en incertidumbre sobre la suerte de D. Paco.

Nuestro héroe, en efecto, había tenido el más cruel desengaño al ver primero á Juanita, acompañada por D. Andrés, atravesar á oscuras las calles, charlando y riendo, y después al presenciar la última parte del coloquio de la antesala y el animadísimo fin que tuvo en los abrazos y en los besos.

No quería conceder en su espíritu que Juanita fuese una pirujilla, y no obstante tenía que dar crédito á sus ojos.

Muy triste y muy callado y taciturno estuvo toda aquella noche en la tertulia de su hija. Jugó al tresillo, para no tener que hablar, hizo malas jugadas y hasta renunció, por lo embargado que le traían sus melancólicas cavilaciones; apenas jugó una vez sin hacer puesta ó recibir codillo y perdió quinientos tantos, equivalentes á cincuenta reales.

De mal humor, se volvió á su casa antes de que nadie se fuese.

En balde procuró dormir. No pudo en toda la noche pegar los ojos. Los más negros pensamientos caían sobre su alma como se abate sobre un cadáver famélica bandada de grajos y á picotazos le destrozan y le comen.

Por lo mismo que él, durante toda la vida, había sido tan formal, tan sereno y tan poco apasionado, extrañaba y deploraba ahora el verse presa de una pasión vehemente y sin ventura. Se enfurecía, y discurriéndolo bien no hallaba á nadie contra quien descargar su furor con algún fundamento. Juanita le había despedido: no era ni su mujer, ni su querida, ni su novia. Bien podía hacer de su capa un sayo sin ofenderle. Y menos le ofendía aún D. Andrés, el cual sospecharía acaso que él había tenido, hacía más de un año, relaciones con la muchacha; pero en aquel momento le creía, según los informes que le daba doña Inés, decidido pretendiente y casi futuro esposo de la fresca viuda doña Agustina Solís y Montes de Allende el Agua.

D. Paco se consideraba obligado á echar la absolución á Juanita y á D. Andrés. Y sin embargo, contra toda razón y contra toda justicia, sentía el prurito de buscar á Juanita, ponerla como hoja de perejil y darle una soba, ó bien de armar disputa á su valedor y protector el cacique y con un pretexto cualquiera romperle la crisma.

Todo esto, según la pasión se lo iba sugiriendo y según iba pasando y volviendo á pasar por

su cerebro como tropel de diablos que giran en danza frenética, no consentía que lograrse un instante de reposo. En vez de dormir se revolcaba en la cama, y sus nervios excitados le hacían dar brincos.

A pesar de todo se encontraba más cómico que trágico, y se echaba á reír, aunque con la risa que apellidan sardónica, no por una hierba, sino porque (según hemos oído contar) entre los antiguos sardos se refan así los que eran atormentados y quemados de feroz y sardesca manera en honor de los ídolos.

Juanita era el ídolo ante el cual el amor y los celos, sacerdotes y ministros del altar de ella, atormentaban y quemaban á D. Paco.

Como no podía sufrirse pensó con insistencia en matarse, y luego sus doctrinas y sus sentimientos religiosos y morales acudían á impedirlo. Y no bien lo impedían, D. Paco se burlaba de sí mismo y se despreciaba, presumiendo que lo que llamaba él religión y moral fuese cobardía acaso.

Después de aquel tempestuoso insomnio, que convirtió en siglos las horas, D. Paco se levantó del lecho y se vistió antes de que llegase la del alba.

Abrió la ventana de su cuarto y vió amanecer.

La frescura del aire matutino entibió, á su parecer, aquella á modo de fiebre que en sus venas ardía. Y como no se hallaba bien en tan estrecho recinto, y anhelaba ancho espacio por donde correr, horizonte por donde tender la mirada, y pa-

ra techumbre toda la bóveda del cielo, determinó salir, no sólo de la casa, sino también de la población, é irse sin rumbo ni propósito, á la ventura, pero lejos de los hombres y por los sitios más esquivos y solitarios.

Se fué sin que despertasen ni le viesen el alguacil y su mujer.

Tuvo, no obstante, serenidad y calma relativa. No huyó como un loco, y tomó su sombrero y su bastón, ó más bien el garrote que de bastón le servía.

Además, como se preparaba para larga peregrinación, aunque sin saber adónde, y como á pesar de que pensaba á menudo en el suicidio, no pensó en que fuese por hambre, ya que en medio de sus mayores pesares y quebrantos nunca había perdido el apetito, tomó sus alforjas, colocó en ellas alguna ropa blanca y los víveres que pudo hallar, se las echó al hombro y se puso en camino, á paso redoblado, casi corriendo, como si enemigos invisibles le persiguieran.

Pronto recorrió algunas sendas de las que dividen las huertas que hay en torno de la villa. La primavera, con todas sus galas, mostraba allí entonces su hermosura y sus atractivos. En el borde de las acequias, por donde corría con grato murmullo al lado de la senda el agua fresca y clara, había violetas y mil silvestres y tempranas flores que daban olor delicioso. Los manzanos y otros frutales estaban también en flor. Y la hierba nueva en el suelo y los tiernos renuevos en los álamos y en otros árboles lo es-

maltaban todo de alegre y brillante verdura. Los pajarillos cantaban; el sol naciente doraba ya con vivo resplandor los más altos picos de los montes y un ligero vientecillo doblegaba la hierba y agitaba con leve susurro el alto follaje.

D. Paco caminaba tan embebecido en sus malos y negros pensamientos, que en nada de esto reparaba.

No tardó en salir de las huertas y en encontrarse entre olivares y viñedos; pero él huía de los hombres; no quería ver á nadie ni que nadie le viese, y tomó por las menos frecuentadas veredas, dirigiéndose hacia la sierra peñascosa, donde la escasez de capa vegetal no permite el cultivo, donde no hay gente y donde está pelada la tierra ó sólo cubierta á trechos de malezas y ásperas jaras, de amarga retama, de tomillo oloroso y de ruines acebuches, chaparros y quejigos.

Aunque le fatigó algo su precipitada carrera, D. Paco no se detuvo á reposar, sentándose en una peña, hasta que dió por seguro que se hallaba en completa soledad, casi en el yermo, sin que nadie le viese, le oyese y le perturbase.

Apenas se sentó, se diría que los horribles recuerdos que le habían arrojado de la villa, que venían persiguiéndole y que se habían quedado algo atrás, le dieron alcance y empezaron á picarle y á morderle otra vez. Recordaba con rabia la dependencia servil con que el interés y la gratitud le tenían ligado al cacique, el yugo antinatural que le había impuesto su hija, los desdenes que Juanita le había prodigado y los

favores con que á D. Andrés regalaba. Pensó después en la burla de que sería objeto por parte de todos sus compatriotas cuando se enterasen de lo que pasaba en su alma, y se levantó con precipitación para huir más lejos y á más esquivos lugares.

Casi corriendo bajó por una cuesta muy pendiente y vino á encontrarse, después de media hora de marcha, en una estrecha cañada que se extendía entre dos cerros formando declive. Iba saltando por él un arroyuelo y sonando al chocar en las piedras. El arroyuelo, al llegar á sitio llano y más hondo, se dilataba en remanso circundado de espadaña y de verdes juncos. Algunos alerces y gran abundancia de mimbrones daban sombra á aquel lugar y le hermoseaban frondosas adelfas, cubiertas de sus flores rojas, y no pocos espinos, escaramujos y rosales silvestres, llenos de blancas y encarnadas mosquetas.

Sitio tan apacible convidaba al reposo, y convidaba á beber el agua limpia del remanso, cuya haz tranquila, rizándose un poco, delataba la mansa corriente ó que el agua no estaba estancada y sin renovarse.

El sol, que se había elevado ya sobre el horizonte y se acercaba al cénit, difundía mucho calor y luz sobre la tierra; y D. Paco, buscando sombra, vino á sentarse en un ribazo y se puso á contemplar el agua antes de beberla.

En medio de su contemplación sintió cierta angustia y escarabajeo en su estómago, porque hacía cerca de veinte horas que no había comi-

do, había andado mucho y no había dormido nada. En suma, fuerza es confesarlo, D. Paco tuvo hambre.

Miró á todos lados, como si fuese á cometer un crimen, muy receloso de que alguien pudiera verle, y convencido ya de que su soledad no podía ser mayor, metió la mano en las alforjas, y sacó de allí una blanca rosquilla y un bulto envuelto, bien envuelto en un antiguo número de *El Imparcial*. ¿Qué había en este envoltorio? El historiador no debe ocultar nada. En el envoltorio, que desplegó D. Paco, había media docena de hermosos pedazos de lomo de cerdo, gruesos como el puño, de los que Juana la Larga había adobado y frito; de los que con el aliño de orégano, pimienta molida, comino y qué sé yo qué otras especias, ya recalentados en la propia manteca entre la que se conservan en orzas, ya extraídos de la manteca y fiambres, seducen á las criaturas más desesperadas y afligidas y les dicen ¡comedme!

D. Paco se preparó á obedecer el irresistible mandato; pero, pensando en aquel mismo instante en que Juana la Larga, la madre de quien causaba su tormento, era quien había guisado aquel lomo, las más tristes memorias se le recrudecieron, y con una magra entre los dedos, al ir ya á tirar un bocado, se le atragantaron en la garganta los dos tan sabidos versos de Garcilaso, que dicen:

¡Oh dulces prendas por mí mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!

No quiso Dios, á pesar de todo, que D. Paco las hallase por su mal. Aunque se le saltaron las lágrimas, pudo más el apetito. Ganas tuvo también, en su desesperación, de que las magras se le volviesen veneno; pero en fin, él se comió dos y también la rosquilla.

Hubo un momento en que echó de menos el vino y deploró no haber traído la bota. Luego se resignó y bebió agua, bajando la boca hasta la superficie del remanso.

Por último, como estaba molido de tanto andar, velar y rabiarse, y sentía en lo exterior el calor del sol y en lo interior el calor del lomo y de la rosquilla, á pesar de su enorme pesadumbre, fué vencido por el sueño y se confortó durmiendo profundamente la siesta, durante la cual sus desventuras y sus penas se diría que se habían sumergido en aquel arroyo como si fuese el Leteo.

